

“El intelectual no debe estar al servicio ni del poder ni del pueblo”

Entrevista con Bernard Henri Levy

ESTHER FERRER

Pregunta: ¿Por qué la «nueva filosofía»? ¿Qué hay en ella de nuevo con respecto a lo que, según esto, podríamos llamar «vieja filosofía», la de los *maîtres penseurs*?

Respuesta: Todo comenzó hace exactamente un año. Yo había reunido en las columnas de *Nouvelles Littéraires* textos de amigos, que son también autores editados por Grasset y tratando de encontrar un título global, que entonces yo quería fuese lo más neutro posible, encontré el de «nuevos filósofos». Las características comunes a todos nosotros son: el ser anticomunistas, antiguos marxistas, nacer a la reflexión tras mayo del 68 y el haber llegado recientemente al pensamiento. Como consecuencia de todo esto, una especie de no conformismo, de antidogmatismo que se oponía a la mayoría de los filósofos que estaban a la «moda» en la época, principalmente los estructuralistas.

Con la salida del libro de Glucksman, y sobre todo el mío, hace algunas semanas, se desencadenó una terrible polémica, en los periódicos, la radio, la televisión, lo que ha dado acta de nacimiento a esta nueva filosofía, que hasta ese momento era plural, dispar, polimorfa y policéntrica.

Nuestra posición con respecto a los *maîtres penseurs* es complicada. Algunos de entre nosotros, como Glucksman, son ferocemente hostiles a ellos, y afirma que «el goulag» estaba ya en Marx, Hegel y, ¡por qué no!, en Platón; otros, como los autores de *L'ange*, dicen que Platón es el primer pensador que ha llevado muy lejos la apuesta de la rebelión y de la revolución.

Yo, personalmente, pienso que la filosofía puede tener una función liberadora. Nació al marxismo, althusseriano, en el 68, tras la ruptura con Althusser, mi itinerario pasó por Foucault, sin el que yo hubiera muerto idiota, y después por Lacan y el psicoanálisis, otra de nuestras características es la de ser fieles al psicoanálisis. Hoy, tras la desilusión de China, del marxismo y del socialismo, me reclamo de gente que, para mí, son mis «contemporáneos» como Platón y Rousseau.

Con el poder y contra el poder

P: Teóricamente, usted está en contra del poder, del *maître*, contra los intelectuales estile «siglo de las luces», pero esto no le impide terminar su libro definiendo lo que considera debe ser un intelectual antibarbarie: metafísico, en el sentido angélico, artista y moralista. Este «debe ser» implica ya una función: ¿cuál?

R: Responderé primero negativamente y luego positivamente. El intelectual no debe estar junto al Poder, ni al servicio del pueblo. Cuando los filósofos están en el Poder, termina todo en un baño de sangre, en una catástrofe, como se vio con la Revolución francesa o en la Unión Soviética en 1917; los cerebros marxistas, pretendiendo dar a luz otra sociedad, introducían la muerte en el mundo; el estalinismo no es



Bernard Henri Levy

más los filósofos en el Poder. Por otra parte, la función del filósofo no es tampoco estar al servicio del pueblo, lo que no implica desprecio alguno por este último, sino todo lo contrario. Lo que nos ha enseñado mayo del 68 es que no tenemos (los intelectuales) gran cosa que hacer en servicio del pueblo, la mayoría de las invenciones del 68, las hizo el pueblo, pero sin seguir las lecciones de los intelectuales. Los intelectuales al servicio del pueblo no han hecho otra cosa que enrarecer, rarificar, en el sentido de Foucault, las palabras de revuelta del pueblo, controlándolo, dirigiéndolo, nunca han sido otra cosa que los codificadores de los deseos y los apetitos de la voluntad popular; al pueblo los intelectuales le importan una higa; cuando se rebela nunca es bajo sus directrices.

Al intelectual entonces le queda testimoniar contra el horror, contra los abusos del Poder desde su propia situación; es una función humilde y minúscula: la de un testigo.

P: Usted dice que en el hecho de reunirse (los hombres) hay algo que hace el *maître* (amo) necesario e inevitable y sobre este punto enigmático, la filosofía pesimista, a la cual creo se identifica, debe interrogarse. También, más adelante, dice: «Nosotros continuamos pensando hasta el final, pensando sin creérselo» la imposible idea de un mundo sustraído a la dominación. Pero pensar y sólo pensar en algo que sabemos absolutamente imposible, ¿no es una alienación que, naturalmente, favorece la estructura del Poder? ¿Cómo explica esto?

R: Si es verdad que una sociedad se constituye de este cuadrilátero que es el deseo, la lengua, lo real y la historia, es decir, tener pulsiones de deseo, hablar un lenguaje, estar sumergido en la trama del tiempo y tener relación con lo real, entonces digo que, efectivamente, la sociedad está destinada a la *maîtrise* (dominación). Cada uno de estos cuatro puntos está forjado y modelado por el *maître* (señor), que no es un personaje real, sino un efecto de estructura; por ello, en tanto que haya sociedad, existirá el señor; recogiendo la metáfora de Platón, mientras haya rebaño humano, habrá pastor. En esta larga historia, en este incesante deseo, que es el deseo del *maître*, en esa monótona palabra que es su palabra, hay acontecimientos de revuelta, de rebelión, pero éstos no tienen otro sentido que la desocialización total no son posibles más que a condición de rechazar todo lo que hace la sociedad. En consecuencia, digo «pensar sin creérselo» yo digo porque decir sociedad sin amo me parece una idea contradictoria en sus términos; puede haber rebelión en una sociedad de *maîtres*, pero la sociedad sin *maîtres* es, en sí misma, una contradicción. La idea de una rebelión triunfante es contradictoria en los términos; una revolución triunfante da, efectivamente, un nuevo efecto de estructura de la dominación y da, por ejemplo, el estalinismo. La idea de que estas revueltas puedan socializarse es una idea imposible. Al fin y al cabo no digo otra cosa que lo que escribieron los anarquistas del pasado siglo: mientras haya sociedad habrá señor; eran unos

desesperados. La revolución anarquista, que es la más bella que pueda pensarse, no ha sido nunca otra cosa que el rechazo radical de lo que estructura la sociedad: el deseo, la lengua, lo real, la historia.

“El amo”, como mal menor

P: Para ustedes el socialismo conduce inevitablemente a los campos de concentración, al *gulág*, la barbarie por venir (el socialismo), siguen, tendrá para nosotros, occidentales, «el rostro humano de un socialismo» que reunirá las taras y los excesos de las sociedades industriales. ¿Ha reflexionado usted sobre una alternativa posible?

R: Lo que occidente ha llamado socialismo no ha sido nunca más que lo que hemos conocido bajo el nombre de *goulag*, y hay muchas posibilidades de que el socialismo, incluso el eurocomunismo, sea una forma más elaborada de terror, de tiranía, pero yo nunca he dicho que sea el *goulag*. El socialismo no es un pensamiento de liberación y en este mundo atravesado por el mal, el amo se trata de elegir el menor mal, los menos malos de los años y es probable que éstos no sean los socialistas.

La alternativa no me la he planteado porque no soy ni he querido ser un profesor, ni un inventor de mitos. Lo que puedo decir, únicamente, es lo que, teniendo en cuenta nuestros conocimientos y los medios de que disponemos, creo es la forma de sociedad más vivible. Por eso estoy dispuesto a hacer un elogio del liberalismo, de la ley democrática, del humanismo, de los derechos humanos y sostener a los disidentes. No se trata de inventar una alternativa al socialismo sino de denunciar lo que va mal, hacer frente al horror y elegir entre las formas de sociedad actualmente presentes en el mercado, la más vivible.

“No defendiendo el capitalismo, pero funciona”

P: Todo lo que usted está dispuesto a elogiar son características del capitalismo. Pensaba que, a pesar de todo, usted estaba en contra del capitalismo.

R: Pues se equivoca, porque yo no he dicho nunca que consideraba como objetivo primordial acabar con el capitalismo; honestamente, en lo que a mí respecta, me importa un pimiento si se debe acabar con el capitalismo; esto será el trabajo de gente mejor preparada que yo para hacerlo y, además, hoy no conozco otra sociedad que funcione más satisfactoriamente, no en lo económico, sino en lo que se refiere a la vida de la gente y la libertad de los hombres, que el régimen capitalista. Por el momento sólo han encontrado cuatro medios para terminar con el capitalismo de Estado o un socialismo centralizado, por lo que me guardaré muy bien de decir que la diana principal es el capitalismo. No tengo una adoración frenética por él, conozco sus horrores, pero opino que el blanco a criticar principalmente no es el capitalismo.

Un alegato difuso

Fernando Merino:
Conducta política.
Barcelona, 1977.

BERNARDO VILLARRAZO

La primera conclusión que sacamos de la lectura de este pequeño volumen es que el autor está definitivamente obsesionado. Los periplos interiores y exteriores de los señores ministros le sacan de quicio. No resiste; tampoco, los almuerzos de trabajo y los actos sociales en que los titulares del Gobierno intervienen. Se escandaliza con las inauguraciones y la colocación de primeras piedras. Poslala una espartana austeridad.

De acuerdo que la honestidad es condición necesaria e importante para el ejercicio de la política.

Pero no su única virtud. ¿De qué nos serviría estar gobernados por hombres de una honradez inmaculada y que su coeficiente mental no supere los límites del criticismo? Sería, sencillamente, desastroso.

Podría admitirse este irritado afán de conducta puritana, si el autor no se escurriera en otras afirmaciones que entran de lleno en el insulto estúpido y en la zafra arbitraria.

Dice textualmente: «Por todos sitios se oye hablar de democracia, pero todos los líderes aspiran a una cartera ministerial y mejor a la presidencia. ¿En qué quedamos, quieren la democracia o quieren el ministerio o la presidencia?»

Además de injusto, este aserto es cinicamente ofensivo. También es sospechoso que Fernando Merino nos diga que tiene sus ideas políticas pero que nos las oculte, como si se tratara de un enigma secreto e irrellevante.

El aldbazono, como el autor califica su obra, está lleno de un frenesí ingenuo y de escepticismo peculiar.

Y quizá, sin darse cuenta, se descubre, cuando dice: «Las primeras manifestaciones de la democracia no pueden dar un balance más negativo.»

Después, sin rubor, ni sonrojo, y con un desconocimiento total del tema, afirma que la extrema derecha, la derecha, el centro, la izquierda y la extrema izquierda, para el son la misma cosa. Esclarecedora revelación.

Y continúa, menes: mal que reconoce que es reiterativo, con los viajes de los ministros, el despilfarro de la burocracia, la inmoralidad administrativa, los costosos e inútiles desfiles militares, los coches rutilantes de importación para los organismos oficiales y un sinnúmero de desmanes que condena en su desahogado código moral.

¿Para qué seguir? El fenómeno de este alegato es la insolidaridad, la exclusión y el resentimiento. El aldbazono tiene escasa energía. Es una estridente opinión encanijada.

Libros recibidos

Introducción a la psicología moderna del desarrollo. Editorial Herder. Barcelona, 1977. 507 páginas.
Ramón Serrano Súñer. Memorias. Editorial Planeta. Barcelona, 1977. 557 páginas.
Educación liberadora, de Adam Curie. Problemas de pedagogía. Editorial Herder. Barcelona, 1977. 193 páginas.